

Liliz se escribe con t y h

Ainhoa Escarti

Image not found.

Capítulo 1

Liliz se escribe con t y h

Prólogo

En un lugar del sur, al que suele ir medio Madrid en julio y agosto, nació, creció y mutó Lilith. Y como todos los bichos raros ella tenía que volar.

Todo lo que se va a contar en este libro es cien por cien real, excepto claro, que Lilith sea una mentirosa compulsiva y yo una gran crédula. Todos los personajes que van a salir en este libro son cien por cien reales, aunque claro, para que los protagonistas no se me quejen tengo que cambiar nombres, etc.

Cuando una tarde de un frío cortante, a la luz de un portátil, tras varias semanas saliendo, Lilith decidió pulsar el pause de la serie que estábamos viendo, para comenzar a contarme una serie de extrañas catastróficas desdichas que nunca hubiera creído de no confiar plenamente en ella y de no estar perdida y absolutamente enamorada.

Todo lo que se va a contar en este libro es cien por cien real, salvando las semanas que compartí con Lilith que nunca serán narradas.

A Lilith, que sepas que sigo despertando con nuestra canción y viendo Carnaval cada febrero.

Capítulo 1

La emigración de Lilith y la supervivencia de ocho horas de autobús sin baño.

Lilith nunca fue del todo justa conmigo, y a veces cuando me narraba su vida voluntariamente dejaba huecos en la historia. Nunca llenó esos huecos para que yo pudiera comprender mejor, y yo, que soy absolutamente fiel a ella, no voy a hacer el jugoso ejercicio de rellenar sus huecos.

Nunca me dijo por qué se marchó del Sur. Sé perfectamente que algo le hizo huir de allí para no volver. Siempre he supuesto que tenía que ver con sus maneras de bicho raro, con sus excentricidades a veces bipolares y la extraña forma que tenía de habitar el mundo. Por eso la historia de Lilith empieza en un autobús.

Antes del autobús está la propia Lilith. Ella era pálida, pero no de una palidez blanquecina, había cierto rubor en sus carnes que en cierta forma la sonrosaban. En sus rasgos se denotaban ancestros no muy lejanos de cierta sangre gitana, que la llenaban de un cierto toque asalvajado que sobre todo se notaba en unos ojos tan negros y tan profundos que siempre se parecían a los de un animal. Su forma de moverse estaba llena de bipolaridad, a veces tan torpe como aquellos cómicos del cine mudo, otras tan llena de seguridad que cuando hablabas con ella por primera vez tenías la sensación de conocerla de toda la vida. No era delgada, rara vez había tenido tiempo para poder tomarse eso en serio, y cuando la mirabas no se veía en ella la sombra de los complejos ni de las deudas que todas tenemos con el deber ser. Desprendía franqueza y honestidad por todos los poros de su piel, y solía jactarse con cierto soniquete de fanfarronería de lo grandes que eran sus pies. Lilith no era fea, tenía un cierto tipo de belleza arcana y animal de la que no era consciente. Pero lo curioso de Lilith era que podría haber sido el engendro más grande de este mundo que tan sólo con su cabeza y el magnetismo que emanaba era irresistible aunque fuera totalmente inconsciente de ello.

Lilith era un ser absolutamente original. Nunca conocí a un ente como ella ni creo que lo vuelva a conocer. Siempre supuse que la mayor parte de su

vida la había pasado con libros, música y cine. A veces se portaba como si todo para ella fuera por primera vez y cuando llegabas al nivel suficiente de confianza, admitía sus primeras veces con una sinceridad brutal. Para ella era absolutamente normal saberse la lista de los reyes godos, en cambio nunca había bebido una cerveza, fumado un pitillo o jugado a los bolos. Lilith siempre me supuso una gran incógnita, cientos de pistas inconexas, un puzle con demasiado déficit de piezas. Siempre te resultaba abrumadora su rapidez mental y esa descorazonada manera que tenía de reírse de todo, incluso de lo más cruel de la vida.

Poco sé de Lilith antes del autobús, pinceladas de porqués que me solucionó para darme coherencia a historias de después del autobús. Lo que sí sé, es que un año antes del autobús una bombilla se encendió en su cabeza y supo que tenía que irse a Madrid. Los días previos al autobús fueron rodados a cámara rápida de tal manera que los detalles se difuminaron a la velocidad de la luz.

Lilith miró al suelo de su habitación de infancia por última vez, miró a sus estanterías y mentalmente empezó a hacer una selección de lo que era y no era vital. En un corazón los libros eran las damiselas a ser salvadas, en su cabeza sabía que probablemente en el frío de enero de Madrid y puestos a empezar de cero una vida sin mucho dinero en la cartera, la ropa, el abrigo, las colchas y algún zapato podría llegar a ser más valioso que aquellas versiones antiguas de Edgar Allan Poe o de Julio Verne. Como siempre solía suceder en sus peleas entre corazón y cabeza, su fría racionalidad ganaba. Al fin y al cabo Edgar Allan Poe y Julio Verne no eran habitantes nuevos para sus ojos. Cuando quince días antes se había comprado sus maletas chinas por internet nunca supuso que tenía tantas cosas como para llenarlas. La sorpresa fue realmente enorme al ver cuánto puede ocupar una vida pequeñita.

Nunca llegué a saber si tenía alguien de quién despedirse, había tantas cosas de las que no me hablaba. Cuando una pregunta le incomodaba o no quería hablarme de algo, se ponía seria durante un minuto y al siguiente su gesto cambiaba y se tornaba en cierta sutil jocosidad erótica, me besaba y el resto ya importaba bien poco.

Otra de las pocas cosas que sé, es que por alguna razón que jamás pude sonsacarle (y que nos llevó a discutir en numerosa ocasiones) jamás quiso contarme cuál fue la razón que la llevó a prácticamente huir con sus cinco

maletas por la noche, sin que nadie lo supiera. Por mucho que le dé vueltas a mi cabeza, e intente vislumbrar y sacar de entre la niebla alguna idea cierta, nunca lo voy a conseguir sin la base de los datos que me faltan, que Lilith jamás me quiso dar.

Convencer al chofer del autobús interurbano no fue algo realmente fácil. Finalmente tuvo que echar mano de su cartera y realizar una de las acciones favoritas de este nuestro país "untar a alguien para que haga algo que debería hacer por propia voluntad". Lo bueno de las ciudades pequeñas en depresión es que siempre salen más baratas. Tras soltar de su cartera lo que probablemente le haría falta para sobrevivir, se quedó preocupada. Tras unos segundos supo que se iba y aquellos treinta euros pesaron exageradamente poco. Porque se iba y nada en el mundo había que la hiciera más feliz que irse, al igual que le daba auténtico pavor irse. "Irse" involucraba muchísimas cosas, lo desconocido sobre todo. No le daba miedo ser responsable, siempre lo había sido. No le daba miedo la soledad, era su estado natural. No le daba miedo sobrevivir, era su asignatura de cada día. Había estado en pocos sitios más allá de la pequeña ciudad, un viaje en su infancia, y tres días en Salamanca. No había existido nada más que la pequeña ciudad. Tenía miedo a lo desconocido. Pero cuantas más cosas diferentes a su fina hasta hora hacía, más sonreía, y más le excitaba la posibilidad de cualquier cosa.

La bondad de los desconocidos siempre está infravalorada. Tuvo la oportunidad de descubrir que eso existía en pequeños detalles cívicos que jamás habían tenido con ella. Un extraño de pelo rizado le ayudó a subir las maletas, en los adentros de Lilith una mezcla de inocencia y dejadez le hicieron no pensar en que aquel extraño traía algo malo en sus decisiones. Ella era como un barquito chiquitito de papel que más que navegar se estaba dejando llevar por la marea.

Cuando miró por Internet los datos sobre el billete de autobús el viaje se le presentaba incluso placentero. No se veía capacitada para dormir durante todo un viaje, así que la idea de tener baño e internet e incluso donde cargar el portátil, era algo que pensó mínimo para poder soportar las ocho horas de viaje. Tras meter las maletas con la ayuda del joven del pelo rizado se quedó mirando el autobús con mirada suspicaz, pensando que por fuera aquella chatarra no era capaz de tener ni cinturón en los asientos. Cuando subió las escaleras para adentrarse en el autobús se dio cuenta de un par de cosas; de lo engañosa que era la publicidad a veces, de lo rancio que podía llegar a oler un autobús y sobre todo se percató de la inexistencia de un baño. Suspiró con todo el aire que le cabía en sus

pulmones y pensó que aquella especie de patera con ruedas era infinitamente mejor que volver a bajar las cinco maletas y regresar a aquel lugar cuyo nombre nunca me dijo. Los nervios la comían por dentro. Sentía burbujas en el estómago y escalofríos en las sienes. Además de un creciente chisporroteo que no paraba en su incansable circuito cabeza-estomago-sexo, sexo-estomago-cabeza. Lo había hecho, ya no había remedio alguno y por primera vez en su vida alguien la esperaba con ganas.

He aquí la aparición de tres personajes que llevaban meses, y uno años, rondando de forma satelital la existencia de Lilith. Más adelante hablaré con ellos con detenimiento, porque alguno se merece su propio capítulo, pero para situarnos haré un breve resumen de lo que eran hasta la fecha del autobús:

Pedro, el amigo del "novio" por entonces de Lilith y chico tímido y friki, del que ella sabía poco a excepción de que estaba loco por María y de que era capaz de tirarse a cualquier falda en pos de perder la virginidad.

María, amiga por correspondencia desde su más tierna adolescencia. Con silencios y ausencias, habían ido a pasar de la carta a los chats, y de los chat al teléfono, para finalmente sin conocerse aún acabar viviendo juntas, en Madrid. Lo que para cualquier persona parecería peligroso, loco, estúpido, y absolutamente sin sentido, como el choque de irse a vivir con alguien que no conocía físicamente, para Lilith era algo absolutamente normal. La obvia evolución de una extraña relación alimentada durante años por ideas y formas de ser totalmente compenetradas.

Alejandro Aka Ale (una cosa que tiene el acento andaluz es que algunos nombres o diminutivos son bastante costosos de pronunciar, de forma que Alejandro paso a ser Ale de forma totalmente brusca, no hubo ninguna evolución. Al dueño del nombre le hacía cierta gracia, así que jamás supuso un problema) Aka el acosador al que finalmente Lilith le dijo que sí porque pensaba que era buena persona. Una de las cosas más curiosas de cómo comenzó dicha relación es que fue con el absoluto desinterés de Lilith. Un día al teléfono con otra de sus amigas de Madrid ella le pasó con un amigo suyo y el con voz de bobalicón tartamudeaba como si de repente hubiera conocido a la mujer de su vida... por teléfono. Lilith tenía la cabeza en otro par de chicos que llevaban mucho tiempo volviéndola loca, y poco a poco dejó que Ale fue inmiscuyéndose y entrando en su

vida de forma diferida, obviamente. Cuando a Lilith le quedaban tres meses para llegar a Madrid él decidió vía chat declararse. Se trató de una de esas declaraciones tiernas y tímidas con cierto aire virginal y empapada de amor casi adolescente y obsesivo. Lilith no le vio sentido a empezar una relación en diferido tres meses antes de llegar a Madrid. Pero la insistencia fue tal que acabó accediendo con un “venga, va, tira”. Durante esos tres meses él se enamoraba y ella se calentaba. Lilith siempre había sido tremendamente sexual, Ale se dio cuenta de su talón de Aquiles y como si fuera una chimenea fue echando tronquito a tronquito para cuando llegara a Madrid tenerla en el punto de arañar paredes. Así, que Lilith llegó a Madrid ya con novio y muriéndose de ganas de echar un polvo, o dos, o los que pudieran soportar aquel joven obsesivo, virginal. Ojo al personaje porque no va a tener desperdicio. Una de las cosas más curiosas de Ale es que pese a que su relación duró muy poco, cuando yo dejé a Lilith seis años después de dicha relación, él seguía acosándola vía email, chat, y demás métodos de comunicación.

A veces durante el trayecto y cuanto notaba que se alejaba de su ciudad empezaba a notar en el estómago cierta mezcla de digestión pesada y gases comprimidos, lo más peculiar es que no había comido nada desde el mediodía. A veces tenía hambre, y pensaba en tirar del bocadillo que tenía en la mochila, pero sentía como un nudo de nervios que no terminaba de deshacerse. Poseía ganas de todo y ganas de nada. Mientras en el autobús todos dormían, tuvo la desdichada suerte de sentarse junto a una rubia que roncaba como si no hubiera un mañana. Lilith siempre me decía que aquella rubia no roncaba, tronaba como las trompetas del fin del mundo. Cual espía de película se fue escurriendo de su asiento para encontrar la paz deseada en algo más individual o solitario. Parecía que llevaba ya horas metida en ese autobús, entre ronquidos, nervios, y una impertinente señora de unos cincuenta años que no paraba de chistar clamando silencio desde las once de la noche. Llegaron a la primera parada, y ella tenía la sensación de que era la última cuando apenas habían recorrido menos de un sexto de todo el viaje. Sentía burbujas en su garganta, sentía electricidad en sus pulmones, y sentía que el corazón le fibrilaba. Desde que se sentó en el autobús no tenía un corazón humano, poseía un corazón de colibrí. Entonces hizo lo propio de los últimos meses cada vez que algo le obstaculizaba o bloqueaba la cabeza. Llamó a Ale pero no se lo cogía, le volvió a llamar y hasta la cuarta ocasión, con todo el furor propio por fin se lo cogió. Mientras intentaba calmar su ansiedad por la ida, hablando con el que parecía su único nexo con la cordura, la señora de delante no paraba de mandarla callar, pese a que Lilith, que siempre había hablado en voz baja, se limitaba a hablar en susurros. Colgó el teléfono que tenía para hablar sólo con Ale (esa es una historia muy larga), sí Lilith tenía dos móviles, uno solamente para hablar con Ale y el suyo. Entre ronquidos, señoras impertinentes, hambre y el sueño que empezada a arrancar perdió una hora de autobús en una

cabezada. El viaje se hacía eterno, como tortugas cojas. Ale ya no estaba disponible, dormía, y ella sabía que debía dormir. Pero, ¿cómo dormir, cuando trompetea el fin del mundo de boca de una rubia? ¿Cómo dormir cuando vas a empezar tu vida? ¿Cómo dormir cuando pasas de saber todo lo que te va a acontecer a que cada segundo sea una sorpresa o algo que jamás has vivido?

La tercera vez que dio una cabezada a Lilith le rompieron el sueño en grandes fragmentos. Lo que en su sueño parecían cacatúas, al abrir los ojos del todo resultaron ser la señora y la rubia. Discutían sobre ronquidos... Una indicaba su existencia y la otra llena de pura indignación rechazaba cualquier parecido con la realidad. De pronto como un oasis en mitad de la nada y cuando ya pensaba que su vejiga acabaría explotando, el autobús había parado. En algún lugar en mitad de la nada había baño y comida a las heladas cuatro de la mañana de un (ya) tres de enero, con un frío que ya no era ese que conocía ella, ese que se daba junto al mar. Este nuevo frío era cortante, como cuchillos transparente que rozan toda la epidermis que deja suelta y seco, tanto como para absorber la humedad humana. Lo bueno de llevar ya seis horas haciendo malabares con tu vejiga es que la presión de soportar lo que la naturaleza pide a gritos te aporta cierto foco de calor interno, que hace que el frío siempre sea menos helado. Allí en mitad de la nada la rubia que rugía en sueños fue capaz de comer media ensalada mientras la mujer impertinente rebuscaba en su monedero céntimos para lograr tomarse un té. Lilith metió mano en su bolso y sacó su bocadillo más tieso que otra cosa. Ahora con la vejiga vacía la calefacción del restaurante, y pese a estar sola en mitad de nada, se sentía mejor que nunca antes en su vida. Pero Lilith siempre decía que nunca nada es realmente perfecto, y la percepción de ese momento se vio interrumpida por la irrupción de un determinado pelo de unos siete centímetros y ondulado. Ella recordó a sus verdaderos amores, de cuatro patas, un hocico, rabo y orejas. Supo que en sus futuros bocadillos no volvería a ver pelos, pero sobre todo supo que probablemente el cariño incondicional es algo de lo que ella no quería volver a despegarse. Lo decidió, jamás volvería a tener un perro.

Una vez con todas las necesidades básicas satisfechas, el malhumorado conductor del autobús los reclamó como si se tratara del ganado de su tía la del pueblo. La mayor parte de los pasajeros fueron corriendo como si se tratara de la llamada a filas, sin embargo Lilith se dirigía hacia el autobús con la parsimonia propia de aquel que le gusta desobedecer. Ante la existencia del oasis, inocente, Lilith pensó que ante otras tres horas de viaje debería existir algún oasis más. Inocente, muy inocente, tanto como cuando pensó que aquel autobús horrible tendría wifi, inocente ella misma, decidió no comprar nada para beber. Cuando habían pasado dos

horas de viaje empezó a pensar que el culín que le quedaba en la botella de agua iba ser el único hasta que llegaran a Madrid. Cuando tan solo quedaba una hora para supuestamente llegar a Madrid, suponiendo obviamente que los horarios se cumplieron cosa que empezaba a dudar tras ser testigo de la ausencia de wifi, de la ausencia de enchufes, y sobre todo de la ausencia de baños, su boca era ya oficialmente un estropajo. Pero no uno de esos estropajos con esponja, no era el peor estropajo digno de ser encontrado en algún chino poligonero perdido entre los estropajos mediocres.

Sin darse apenas cuenta, de forma paulatina empezó a verse el amanecer (aka contaminación lumínica) el campo quedaba atrás dando paso a toneladas de hormigón que llegó con fuerza con ganas de pisar firme y potente. Ya olía Madrid, olía la gran ciudad y aún no había amanecido. Miraba por la ventanilla intentando adivinar dónde empezaba Madrid y dónde terminaba el mundo. Una última cabezada breve aquella noche de agotamiento absoluto, apenas había logrado reunir a lo sumo tres horas de sueño y para nada seguidas. No reconocía nada, y los carteles indicaban en este punto lo que tiene que acontecer, ya estaba aconteciendo. La M-50, M-40 y M-30 se sucedían bajo sus pies, o más bien las ruedas del autobús.

Cuando llegó a Méndez Álvaro eran las siete menos cuarto de la mañana de un frío tres de enero de aquel año en el que había nevado, lo irónico de la situación es que nevó antes de antes de la llegada de Lilith y tuvo que pasar mucho tiempo hasta que un día con no me acuerdo quien subió a la Sierra y se dejó cegar por el blanco nuclear de la nieve. Lo anecdótico de que aquel primer día de nieve es que llevaba zapatillas deportivas y después de acabar dos o tres veces como el culo en la nieve decidió que igual no le gustaba tanto.

Asió el teléfono con la velocidad de un velociraptor, llamó a Ale, y no le cogió el teléfono. Tras hacerlo cuatro veces con aquel autobús parándose empezaba a preocuparse. ¿Qué hace ella a las siete de la mañana en una estación de autobuses de una ciudad que no conocía y a tomar viento donde supuestamente vivía? Empezó a preocuparse y a pensar que igual había que conocer a las personas antes de decidir vivir con ellas. Entonces decidió llamar a María, ¿cómo había podido olvidarse María de ella? Llevaban años hablando, trece en concreto, parlotando de sus vidas. En momentos malos o muy chungos, hasta los mejores (que fueron muy pocos, esos sí eran animales en peligro de extinción) Tras tantos años de amistad epistolar Lilith nunca supuso que pudiera fallarle. Una cosa que

jamás entendí de Lilith, era esa capacidad a veces de ser tan inocente como un cachorro recién nacido. Poseía cierta confianza ciega en que la naturaleza humana era buena, y pese a todos los golpes que recibió o por lo menos los que yo conozco de su tiempo en Madrid, en el fondo de su alma siempre había un hueco donde el espíritu de las películas de Frank Capra tenían sentido.

Finalmente le cogieron el teléfono y una voz dormida que arrastraba las palabras le respondió como si no supiera quien se comunicaba. Al despertaba de entre los muertos, veía la luz del día sabiendo que llegaba tarde. Lilith desesperada llamó a María para comprobar si alguien se había acordado de que ella estaba ahí tirada a las siete de la mañana... también se había quedado dormida. Los viajeros empezaron a recoger sus cosas, mientras Lilith no sabía qué hacer con sus maletas, ahí pérdida y helada de frío. Irremediablemente bajó cuando vio que ya no quedaba nadie en el autobús, cerró los ojos un momento y pensó en la posibilidad de que todo saliera bien. De pronto le empezó a ayudar a recoger sus maletas un joven agitanado de ojos negros, le soltó la última frase en andaluz que escucharía en muchísimos meses:

Anda, que tu no va a pode con cinco maleta. ¿Te vienen a recogé o algo?

Con cierta timidez (que con los años fue desapareciendo) dijo sí con una leve inclinación de cabeza. El chico agitanado sonrió y le ayudó a dejar las maletas bajo techo. Antes de irse le soltó:

No hay que dejá sola a la niña bonita.

Para poner la guinda a la postal, un señor que olía muy mal se acercó y le empezó a rondar las maletas. Emanaba un olor para ella indistinguible, una mezcla entre rancio, guiso malo, y a esos pedos que se tiran los perros mientras duermen. Tras cinco minutos rondando las maletas, el señor que olía mal se fue a fumarse un pitillo. Entonces apareció en escena un paquistaní, o lo que pareció ser un paquistaní, por la bandera que tenía bordada en la cazadora, además de su color de piel, además de su acento extraño, paquistaní o hindú. Todo acabó definido por un As-salamu alaikum, entonces a Lilith se le iluminó la bombilla y pensó paquistaní, o iraní, o iraquí, o de alguno de esos países que llevan miles

de años luchando entre sí que ahora son dueños de casi todo el petróleo. El saludo islámico se siguió de una serie de palabras mal chapurreadas ya que el individuo pareció que no seguía bien las normas y olía muchísimo a vino de cartón. Tras llevar media hora esperando en Méndez Álvaro la lista de personajes que habían pasado alrededor de sus maletas era variopinta, incluso una gitana que se ofreció a leerle la mano y con la que acabó teniendo una conversación sobre el precio de los alquileres en Madrid tras que Lilith le contara que su abuela también era gitana. Justamente cuando la gitana fue a traerle un chocolate con leche calentito alguien le rozó el hombro por detrás. Al darse la vuelta vio a Ale, y a Pedro mirando hacia abajo. Lilith bajó la mirada y no supo qué pensar cuando vio a María de rodillas ofreciéndole un anillo y pidiéndole la mano.